



DISCURSO

QUE FORMÓ EL

C. Arnulfo M. Garcia,

por encargo del Círculo mercantil

"INICIADOR"

para la fiesta cívica

DEL

5 DE MAYO

de 1879.

MONTEREY.

Tipografía del Comercio.

A. Lagrange y Hno.

1879.

Ricardo Cellard

..... Tengalo presente el archiduque Maximiliano. Los franceses no poseerán en México mas terreno que el que materialmente pisen; y al fin, mas pronto ó mas tarde, tendrán que abandonar aquel país dejándolo mas perdido que lo estaba cuando á él llegaron.

CONDE DE REUS.

CONCIUDADANOS:

Grandioso es el objeto que nos reúne en este sitio, y grande, y eminentemente moralizador tambien es su noble fin. Nada revela con mas exactitud el grado de cultura del pueblo ni habla mas alto de su civismo, que la manera con que festeja las glorias patrias, el regosijo á que se entrega recordando á sus grandes hombres en los aniversarios de los dias faustos. Para hablar en tales actos, de tan grata memoria, y para encomiar dignamente á los caudillos de ese pueblo, son necesarias dotes concedidas solo á los grandes talentos.

Honrado yo con el nombramiento especial que el Círculo mercantil "Iniciador" se ha dignado conferirme para que lo represente en este dia de gloriosos recuerdos; cábeme el sentimiento de no poder llenar mi encargo debidamente: comprendo que mis pensamientos

no estan á la altura del grandioso aniversario; que mis ideas, no pueden interpretar fielmente los sentimientos patróticos de la congregacion de ciudadanos ante quienes hablo, de esta reunion respetable de hombres libres sobre cuyas nobles frentes fulgura esplendorosa la aureola de gloria que ornó las sienes del héroe; pero un sentimiento de gratitud me liga á esa jóven asociacion, cuyo fin es hermoso y laudable, como el bien; y no habré trabajo alguno, por asiduo que sea, á que no esté resuelto por su prosperidad y buen nombre; y ademas, soy mexicano tan libre y tan entusiasta como vosotros, y en mi mente rebullen con exaltacion creciente el liberalismo y la admiracion á los grandes hechos, la veneracion á los héroes de nuestra patria y un decidido empeño en seguir sus elevadas ideas; por eso me encuentro en este lugar; por eso desde esta tribuna, aunque mi puesto como ciudadano sea el último de vosotros, voy á alabar en vuestro nombre á los que en coro el pueblo mexicano ha aclamado sus héroes.

Recostada con abandono gentil sobre su lecho de oro, perfumada por las suaves aromas de la esplendente flora tropical; arrullada, adormecida por el poético y embriagador vaiven de las azuladas olas de dos oceanos, que, cual siervos sumisos besan timidamente su pie; bajo un cielo diamantino, sen-illa, arrogante, sublime en su inocencia la vírgen de las Américas, la opulenta Anahuac se recreaba tranquila con las linfas de sus plateados lagos, sin que el mas leve pesar contristara á sus ignorados, pero felices hijos. ¡Cuanta belleza!

El mexicano libre en sus bosques seculares, libre en sus lagos, libre en sus montañas henchidas de inmensas riquezas, altivo y bravo; gozaba de la vida con calma apacible, sin pensar jamas en el mañana; era feliz con su patria, con su esposa y con sus hijos; pero llegó un

dia en que por primera vez oscureció su frente la negra sombra del pesar, dejando en su corazon el agudo dardo del dolor: un oscuro pero punzante temor amargó su dulce quietud, el peso de un augurio tremendo, la predestinacion fatal de un porvenir sombrío lo hicieron inclinar su noble frente; y ya no cantaba, y ya no reía, y ya la florida poética chinampa no surcaba gallarda las cristalinas aguas del lago al golpe acompazado de los remos. Todo era misterio ó intranquilidad.

Una noticia era la que acababa de un solo golpe con la calma apacible del feliz azteca.

Moctenzoma recibió en una hoja de maguey la pintura que representaba fiel á Cortez y sus soldados, sus buques, sus cañones y caballos. ¡Que cambió! ¡Cuanta desgracia iba á caer sobre nuestros antepasados! cuanta sangre! cuanto duelo! cuanta abyeccion!

¿Será moralmente justo, y será equitativo, y será racional, convertir en negro duelo, en noche eterna de tormentos el tranquilo existir de los pueblos, y destruir el manantial perenne de su dicha á nombre de la civilizacion?

Misterios del progreso humano. . . . Problemas cuya solucion está reservada al mas allá.

El dia 21 de Abril de 1519 Cortez anclaba sus buques frente á las costas de Veracruz. Fué el primer castellano que hollara con sus plantas, al son de las trompas guerreras, el vírgen suelo del Anahuac: presidia á la civilizacion, al progreso.

Su espada dictó al aborigene la ominosa y dura ley del vencedor; pero su obra fué grande, muy grande.

La empresa que acometió y llevó hasta su fin con tan escasos elementos, lo ha elevado á la inmortalidad. El vive para la historia con la inmarsecible corona del renombre; y si como conquistador autorizó tremendos

atentados de lesa humanidad, en cambio, en él tiene origen nuestra vida social. Sin él, lo desconocido: la naturaleza, obrando según sus leyes eternas sobre la materia; el espíritu torpe, vagando en las densas nieblas de la ignorancia. Con él, la luz para el alma; para la materia la perfección y abundancia de sus productos.

Las doctrinas del cristianismo enseñadas por los primeros predicadores á los indios, que, atónitos veían la destrucción de sus ídolos, han sido el manantial fecundo, de donde todas las generaciones hasta la presente han tomado su bienestar y mil consuelos, que llenan el corazón de místico embeleso; y el eco dolorido del último ¡ay! de las víctimas, y el tristísimo gemir de un pueblo esclavo, y la honda pena en que nos sumergen las desdichas de nuestros padres, desaparecen entre los effluvios celestiales de la fé y de la esperanza; ante los incomparables bienes de la igualdad civil que forma de cada hombre, un nombre; de cada individuo un ciudadano; y de cada familia un miembro integrante de la sociedad.

Yo, como vosotros, nacido en la tierra predilecta de los libres, acariciada mi jóven frente por la brisa de nuestra campiña, que en su dulce murmurio canta á la libertad, soy republicano de corazón, maldigo á los tiranos que se solazan con el sufrimiento de un pueblo; pero me inclino ante los grandes hechos y respeto al genio que los ejecuta.

Algunos años después de aquella fecha memorable, del opulento imperio azteca, de los moradores de la populosa Venecia de las Américas, quedaron solo, multitud de familias abyectas y miserables ajenas á su pasada grandeza y poderío ó tribus errantes de salvajes esparsidos entre las fragosidades de las montañas, ó en

la inmensidad de los desiertos en donde conservan aun su libertad primitiva.

El pueblo conquistador fué terriblemente cruel con los pobres indios, que se sometieron al vencedor después de la ruina del imperio de Moctezuma.

A pesar de las sabias disposiciones de la magnánima Isabel 1^a fueron aquellos infelices en gran número esclavizados, dados en encomienda ó sujetos á la mita, y forzados á trabajar en las penosas labores de las minas ó en las duras faenas de las huacas de campo. Los ávidos Sres. ávidos de riquezas, multiplicaban el trabajo y casi negaban el alimento á sus ciervos; la sed de oro los hacía insensibles á los gemidos dolientes de la raza conquistada, que agonizaba bajo el ferreo peso de la mas desenfrenada codicia: las cajas de la Metrópoli y el bolsillo de los europeos se llenaban con el oro que los naturales arrancaban del seno de las montañas entre las lágrimas del sufrimiento y el oprobio de la humillación ¡Cuanta barbarie! Aventureros indigentes en Europa, ambiciosos sin corazón y presidarios de allende los mares, venían á la Nueva España á ser los Señores de los opulentos habitantes de estas espléndidas comarcas, autorizados por el derecho de conquista á nombre de la civilización, y en nombre también de la religión cristiana; y en su nombre ¡sarcasmo! el látigo del insolente castellano cruzaba infamante el rostro cadavérico del indio; y en su nombre, los naturales en rebaños eran llevados á perecer, por centenares, de hambre y de fatiga en los mortíferos antros de las minas; y allí, en esas ciudades subterráneas, en esos osarios espantosos, el pueblo azteca deboraba en silencio sus dolores, amazando con lágrimas y con sangre el maldecido metal que delirantes codiciaban sus verdugos ¡Que manera de civilizar una raza!

No: no fueron ellos los que difundieron las luces preciosas del evangelio y de la civilizacion: no; ellos con sus escándalos é iniquidades solo sembraron en el corazon del indígena el gérmen de un odio inextinguible, de un vehemente deseo de libertad, que, trasmitiéndose de generacion en generacion, vino á personificarse en los grandes hombres de 1810: no; los que colocaron á ese pueblo humillado en los umbrales de la civilizacion fueron algunos doctos varones de ideas avanzadas, como Las Casas y Revillagigedo, cuya política moderada y persuasiva les grangeó el aprecio de los naturales, preparando así la armonia amigable que reina actualmente entre europeos y mexicanos, apesar de la oprobiosa dominacion de trescientos años y apesar tambien del odio inverterado de razas. Hoy el progreso nos une y la libertad que cobija á México con su sagrado manto, cubre lo mismo al galo que al sajón, de igual modo al descendiente de los altivos dominadores que al hijo independiente y leal del esclavo de ayer; hoy vivimos en una sociedad de hermanos, unidos todos por el trabajo sin que la mas leve sombra de antiguos recuerdos perturbe nuestra tranquila y pacífica armonía.

Y no obstante las ventajas que nos han dado estas verdades prácticas desde el año de 1821, algunos malos mexicanos de ignominiosa memoria lograron, con inñenos embustes y deprabada constancia, ver de nuevo hollado nuestro suelo por el bárbaro extranjero; pero ya no con el pretexto de difundir la civilizacion en pueblos salvajes, sino con el bastardo pensamiento de encadenar la libertad y derechos de una nacion libre é ilustrada en favor de una banderia odiosa, que habia imperado en el país, como fétida emanacion colonial; en pro de esos juglares de sacristia, verdaderos vampiros del progreso de los pueblos; de ese faccion retró-

gada aplastada, aunque no extinguida por la potente mano del Gral. Zaragoza en los campos de Silao y Calpulápan.

La grande consecuencia del golpe de estado de Comonfort, fué la sangrienta guerra de tres años cuyo solo recuerdo estremese; y aunque durante esa época la destruccion y la matanza entre hermanos, oscurecieron el límpido cielo de nuestra querida México, y llenaron á sus hijos de consternacion y luto, el brillante triunfo del partido liberal, dió una nueva vida al país con las leyes de reforma; rompiendo el lazo de fanatismo con que la reaccion lo ataba á su destino tan vago como su idea; tenebroso, como su historia. Herida a puella de muerte, imploró de la Francia la fuerza y fué parricida: quizo de nuevo imperar en la nacion, y se ahogó en su propia sangre.

La justicia de Dios gnió la justicia del Pueblo.

México triunfante, despues de mil peripecias en esa grande epopeya, castigó y olvidó á los desgraciados que le ocasionaron tanto duelo para no pensar mas que en su progreso y engrandecimiento, guardando en sus altares la cara memoria de algunos de sus hijos, que como Juarez y Zaragoza elevaron su nombre al pináculo de la gloria, haciéndola respetar y temer por los mismos que quisieron ajarla en su dignidad de nacion libre: por eso en este gran día la vemos engalanada y sonriente al recuerdo imprecadero del glorioso cinco de mayo: por eso los mexicanos concurrimos hoy á los altares de la Patria para venerar la memoria del héroe de Puebla; y para rendir tambien un tributo de admiracion al genio bienhechor y sublime de aquel á quien la América llama con justo título el Hombre-Pueblo; de aquel, que naciendo desvalido y pobre llegó por su civismo á criarse una religion y un culto entre el pueblo

mexicano, que en un principio siguió en masa las huellas del benemérito sabio y el impulso progresista de las leyes de reforma; obra tanto mas grandiosa, cuanto que fué el escollo principal en que se estrelló el efímero imperio del Archiduque, haciéndole ver que: México emancipado con justicia de la dominacion española seria independiente, apesar de las intrigas y de la fuerza de sus enemigos, y seria libre para gozar de sus derechos como nacion soberana.

"Todos hemos venido al mundo con derechos inalienables."

La libertad y la igualdad son los dogmas fundamentales de las sociedades modernas: ellas son las garantías mas preciosas del bienestar general y del progreso y encumbramiento de las naciones.

Los pueblos como los hombres, tienen en su autonomia social; sus obligaciones recíprocas nacen de su misma existencia y son soberanos en sus actos puramente propios, como libre y soberano es el hombre en su mayor libertad natural.

Estos principios fundamentales han sido la base sobre que se han organizado y existen las sociedades modernas; y si un pueblo poderoso quebrantando estas leyes inmutables del progreso humano, coarta la libre manera de ser de una nacion, bajo cualquier pretexto, tiene esta el derecho de independerse, siendo morales y civilmente justos todos los actos que tiendan á conseguir su autonomia: y ese derecho es una necesidad pública á medida que el pueblo dominado va siendo mas poderoso ó sus sufrimientos son mas acervos, porque entonces la idea de libertad toma la forma de un delirio sublime que se palpa, que se mide, que halla eco en todos los corazones: y el dia en que se desborda ese torrente de luz celestial, purifica

cuanto toca; á sus vívidos destellos desaparecen la oscura sombra de la injusticia y sus nefandos autores. He aqui una revolucion; pero una revolucion incuestionablemente justa y moral; el derecho en la idea, triunfando sobre la maldad en la accion.

Hidalgo fué en nuestro país, el predestinado iniciador de una revolucion social, de principios, de ideas y de castas: Juarez, el titan que con vigoroso brazo rompió definitivamente nuestro angustioso pasado y abrió anchos horizontes al progreso del pueblo, en esas dos épocas gloriosas para el partido sostenedor de las libertades públicas; la reaccion y la guerra francesa.

Nosotros, conciudadanos, estamos obligados á seguir el camino iniciado por esos dos grandes genios, si queremos ver á México feliz y poderoso; si nos es grato ver á nuestra patria distinguida y respetada por los pueblos cultos; si deseamos seguir oyendo el estruendoso aplauso conque el mundo civilizado saludaba á sus hombres de ciencia, en una época no muy remota, allá en lejanas tierras, cuando los condecorados sabios de la antigua Europa, seguan en sus observaciones astronómicas el luminoso sulco que trasara en el espacio la sublime é investigadora mirada del genio mexicano Diaz Covarrubias; y para conseguirlo, solo nos falta que el pueblo se ilustre: pues bien, despertemos en él el espíritu de asociacion, como medio mas oportuno y práctico y llegaremos no muy tarde á coronar la obra.

Nuevo-Leon, ha conseguido ya muchas ventajas positivas por ese camino. Las asociaciones se multiplican cada dia en él con objetos varios; pero todos tienden á la enseñanza é ilustracion de las masas. Todas las clases están representadas en esas sociedades, que son otras tantas fuentes de donde tomamos el alimento intelectual que engrandecerá mas y mas al Estado; s-

lo una y quizá la mas opulenta, el comercio, se habia mostrado indiferente á ese gran movimiento intelectual; pero por fortuna, hace algunos dias que la idea luminosa de asociacion fué lanzada con fruto por uno de sus miembros mas pobres, y encontrando eco en corazones magnánimos tomó cuerpo en un Círculo mercantil, que indefectiblemente hará una revolucion en el comercio; si establece, como lo piensa las transacciones sobre bases que lo hagan prosperar, sacándolo del marasmo en que yace por el eselusivismo en las prácticas é inseguro éxito de las negociaciones. Y los nombres de esos comerciantes entusiastas serán encomiados por el pueblo, como los de otros tantos apóstoles de la humanidad doliente, si llevan á cabo el fin principal de su idea; si establecen con el tiempo una escuela y casa de beneficencia, en donde se mitigue el llanto del desgraciado y se ampare al indigente en su negra orfandad: y para que esta grande obra llegue á su término en breve tiempo, á nombre de esa sociedad filantrópica y en bien de la clase desheredada, pido la proteccion de las autoridades y la del pueblo en general.

Tales obras forman el mayor ornato de la Patria y el homenaje supremo con que podemos honrar la memoria de los héroes; porque ellas en si, son un paso de progreso que da la sociedad que las establece, haciendo fructificar la litérrima idea de "fraternidad," escrita en nuestro Código con la preciosa sangre de tantos eminentes patriotas. Hagamos todos un impulso en ese sentido. Corramos presurosos á inscribir nuestros nombres al lado de los de esos modestos y humanitarios iniciadores; y presto, muy presto, veremos la animacion y el entusiasmo reinar en todas las clases: las artes liberales se desarrollarán en proporciones que sus productos solos, daran elementos cuantiosos de viabilidad pa-

ra el pueblo que espera, y con justicia, verse sustraído por la mano poderosa de la sociedad, del sombrío porvenir que presiente agoviado por la miseria que trae consigo la falta de proteccion y de trabajo.

Perdonad, señores, esta digresion, en gracia del noble fin que la motiva.

Hoy, conciudadanos, es el gran dia de la Patria. Hoy es el aniversario de la gloriosa jornada de Puebla, que marchitó los laureles guerreros recojidos en los Alpes y en el Rin.

Allí teneis al campeón denodado, al héroe glorioso del 5 de Mayo. Aquí, al padre augusto de las libertades públicas; mirad ¡cuan modesto es su continente! ¡cuan tranquila su mirada! que noble su egregia frente. Mirad ¡cual sonrie de contento al veros agrupados á su derredor en tan fausto dia! Acercaos, acercaos y orad, que este templo, es el templo de la patria donde se venera á sus héroes.

Acercaos y no temais, porque no hay ninguno entre vosotros, de los que llamaron al extranjero, cuya planta osada profanó el sagrado suelo de la patria, que empapara en sangre su feroz barbarie: acercaos y no temais, si no sois vosotros los que derramaron á torrentes la sangre de hermanos, difundiendo el horror y la desolacion en los campos y ciudades llenas de viudas aflijidas y de huérfanos infelices que mendigan un pedazo de pan, sin otro porvenir que el sombrío del crimen ó de la infamia: acercaos y no temais, si vosotros no habeis convertido la libertad santa en escarnio, sometiendo al pueblo á vasallaje impío, ni destruido las fuentes de su riqueza, atrayendo así sobre la preciosa herencia de Hidalgo el desercido y desprecio con que la miran sus hermanas, las otras naciones de América: acercaos y no temais, que ese severo demócrata, que es-

tremecido de horror volvería la espalda á los que causarían las desgracias de nuestra querida patria, á vosotros, que le recordais á sus humildes compañeros de gloria, sonriendo os contempla, como padre, y contento con vosotros os vendicará . . . ¡Juares! Gran sacerdote de la reforma! que tu espíritu se cierna sobre esta muchedumbre de honrados ciudadanos y que flote en el cielo de mi patria, tu querida patria, como el espíritu de Dios en el Sinaí, haciendo que la union descienda sobre los mexicanos: que el ángel de la paz cubra con sus alas á la infortunada México, para que se apague el voraz incendio de las pasiones que arde aun con furia que espanta; para que se restañe la sangre que aun brota del desgarrado pecho de los hermanos; para que se enjuguen las doloridas lágrimas, que aun riegan nuestro suelo, convirtiéndolo en árido desierto.

Y nosotros, conciudadanos, procuremos imitar á los hombres eminentes de nuestro pueblo, siendo tan patriótas y abnegados como ellos; vivamos siempre unidos sin que discordias intestinas lleven el duelo al corazón de nuestra querida patria; eduquemos al pueblo para que sea feliz y respetado: que nuestro único pensamiento, y nuestro afán constante sea el trabajo; única fuente de felicidad doméstica y de engrandecimiento para las naciones. **DIJE.**